

Thémata. Revista de Filosofía. Número 45. 2012

ARQUITECTURA Y SENSIBILIDAD Filosofía en la arquitectura de Juhani Pallasmaa

Isabel Aísa, Universidad de Sevilla.

Resumen: La crisis de nuestro tiempo no es sólo económica: también es arquitectónica. El arquitecto finlandés J. Pallasmaa la ha investigado, y se refiere a la necesidad de la filosofía como posible orientadora en nuestra crítica situación. Este escrito intenta ser un diálogo interdisciplinar entre filosofía y arquitectura, en el que pueda hacerse patente el origen de la crisis y el camino para superarla.

Abstract: The crisis of our times is not just economical: it is also architectural. Finnish architect J. Pallasmaa has inquired into it, and he has referred to the need of philosophy as a possible guidance in our critical situation. This paper is an attempt to promote an interdisciplinary dialog between philosophy and architecture, in which we could find both the origin of the crisis and the way to overcome it.

Presentación

Un arquitecto –el finlandés J. Pallasmaa– critica la arquitectura que hoy triunfa en las sociedades avanzadas de todo el mundo. Su crítica se centra en el desmesurado protagonismo que tiene la imagen: la del arquitecto-estrella y la del edificio-icón. Es así como prolifera una arquitectura hecha *desde* la vista y *para* ser vista. La consecuencia negativa consiste en que las construcciones adquieren una autonomía que, en realidad, no les corresponde, perdiendo su verdadera finalidad: que el hombre pueda habitar el mundo mediante los lugares que ella crea, comunicando y acercando. De ahí que proponga una arquitectura hecha *desde el tacto*: un sentido que acerca y comunica, a la vez que permite considerar a todos los demás sentidos como extensiones suyas.

La crítica de este arquitecto es tan honda, que toca el suelo del pensar filosófico. Pallasmaa es consciente y lo explicita mediante el reconocimiento de que la arquitectura ha de atender al “ser-en-el-mundo” del hombre. Éste es un término filosófico, utilizado por el antropólogo y filósofo A. Gehlen y por el filósofo M. Heidegger, entre otros. Aquél ha investigado qué significa la apertura al mundo del hombre y la problemática que conlleva, algo que no puede dejar de tenerse en cuenta, pues dicha apertura hace del hombre una realidad única. Este “única” incluye tanto la dificultad de conducir su vida, como la constante amenaza de error que cargan al hombre.

M. Heidegger coincide con Pallasmaa y Gehlen en considerar al hombre como ser-en-el-mundo. Además, cuando sostiene que el pensar (filosofar) ha de esclarecer la cuestión del habitar (el mundo) y que el auténtico construir (la arquitectura) ha de realizarse *desde* ese habitar que el filosofar investiga, Heidegger pone a dialogar dos disciplinas que no deben ignorarse. En esto coincide con Pallasmaa. También coincide en apuntar a la comunicación y cercanía, frente a la distancia de enfoques meramente representativos u

objetivos, pues las “cosas”, que son tema del pensar según él, se caracterizan precisamente por ser cercanas y comunicar.

En consecuencia, Pallasmaa, Gehlen y Heidegger nos muestran con máxima profundidad la *real* necesidad del diálogo interdisciplinario, con miras a poder evitar algunos de los errores y desequilibrios que amenazan *constitutivamente* al hombre, cuya ‘casa’ es el mundo mismo.

1. El arquitecto y la filosofía

“Existe una idea muy vaga sobre la finalidad de la arquitectura”.
J. Pallasmaa (2006).

Juhani Pallasmaa (Hämeenlinna, Finlandia, 1936) es arquitecto y escritor. Ha estado en España como jurado de los premios FAD (*Foment de les Arts Decoratives*) y confiesa admiración por algunos de los arquitectos españoles, si bien piensa que la arquitectura española atraviesa un proceso de pérdida de raíces, tal y como sucede en la práctica totalidad de los países desarrollados.

El 12 de agosto de 2006, *El País* publicó en su suplemento cultural (“Babelia”) una entrevista con este arquitecto finlandés, en la que Pallasmaa se mostraba muy crítico con la arquitectura que hoy predomina en el mundo, en tanto mero reflejo de la comercialización y la velocidad que imperan en él. La arquitectura, sin embargo, es “el arte de la lentitud y el silencio” (p.15), según afirmación suya. Los intereses económicos, junto con las posibilidades tecnológicas, promueven una arquitectura de impacto inmediato, hecha para ser vista y para hacerse notar entre la competencia; unido todo esto al acelerado proceso de globalización, el resultado es –en términos de Pallasmaa– “narcisista” y “nihilista” (ibd.). La auténtica finalidad arquitectónica habría quedado relegada; en lugar de anclar a los humanos en el mundo, se ofrece un arte visual protagonizado por artista y cliente. Además, la fama del arquitecto atrae clientela y siembra de edificios homogéneos los lugares más dispares, borrando las diferencias culturales.

Pallasmaa entiende que la orientación social y cultural, al servicio de “una arquitectura que ancle a los seres humanos en el mundo” (ibd.), es la auténtica finalidad. Aquí es justamente donde interviene lo filosófico, imbricado con lo arquitectónico. En su libro: *Los ojos de la piel* afirma, por ejemplo, que la arquitectura implica “cuestiones metafísicas”, concernientes al “ser-en-el-mundo del hombre” (p.47).

Ciertamente, hoy la arquitectura despierta mucho interés; las ciudades más prósperas ofrecen edificaciones proyectadas por arquitectos actuales de renombre, que se convierten en iconos y atraen al turismo. A otros niveles, se busca resolver el problema de la falta de viviendas, se investiga con materiales nuevos o se persigue esa ‘casa inteligente’, reclamada por el avance tecnológico de nuestras sociedades. Sin embargo, que un arquitecto se refiera a cuestiones filosóficas como *intrínsecas* al ejercicio mismo de la arquitectura, puede producir perplejidad: ¿qué parentesco cabe encontrar entre los problemas metafísicos y los relativos a la organización de un espacio y a la tecnología constructiva? No

estamos acostumbrados a que las ciencias, técnicas o artes cuenten en sus investigaciones y realizaciones respectivas con la filosofía y, menos aún, con la metafísica. Tampoco parece que ese contar esté hoy en camino, de manera que en un futuro próximo pudiera acontecer un diálogo interdisciplinario fecundo.

Afirmaciones como las de este arquitecto finlandés podrían tomarse como indicios de realidades que, por lo general, no son tenidas suficientemente en cuenta, provocando peligrosas cegueras en la acción humana. Acaso nuestro actual momento crítico, que trasciende lo meramente económico y nacional, tenga algo que ver con esa desatención y el desequilibrio en la consideración de los factores e intereses que ponemos en juego.

En diciembre de 1979, el economista español José Luis Sanpedro concedía una entrevista, publicada en *Economía humanista* bajo el título: “Economía y ecología”, en la que advertía del error de no insertar el problema ecológico en su auténtica raíz: “una actitud esencialmente filosófica”, “una toma de posición en lo más fundamental, que es la implantación del hombre en el mundo” (p.211). Sólo desde esa fundamentalidad el hombre *sabe* que no puede ver en la naturaleza un botín dejado a su arbitrio. La acción técnica vendría después: una acción orientada y consciente del límite que ha de asumir.

Estas voces críticas que desde la arquitectura y la economía reclaman la atención debida a lo filosófico de los problemas, suscitan algunas reflexiones:

1) la necesidad de mantener, proteger y potenciar todos esos saberes que, como el filosófico, hoy no están suficientemente presentes, volcados como estamos hacia un crecimiento extrínseco y sin medida.

2) la sospecha de que la Modernidad antropocéntrica y sus excesos aún no han finalizado, pese a las numerosas críticas que se han alzado contra ellos.

Dichas críticas, ni habrían alcanzado suficiente amplitud, ni tampoco escucha.

El puente que tiende Pallasmaa entre arquitectura y filosofía viene a mostrar lo que siempre ha estado presente, de una u otra manera en la investigación y construcción de las distintas realidades: que la investigación en el mundo es finalmente *una*, como *uno* es el mundo en el que investigamos. A dicha finalidad apunta todo conocimiento humano desde sus diversas ramas. Únicamente la parcialidad o los reduccionismos pueden romper la comunicación entre los saberes, que tiene su origen más hondo en la unidad real. Desde esta perspectiva, las afirmaciones de Pallasmaa sobre arquitectura y metafísica nada tienen de extraño.

Muchos años antes, en 1951, un filósofo se pronunciaba sobre la unidad de filosofía (*pensar*) y arquitectura.

2. El filósofo y la arquitectura

“Así pues, el habitar sería en cada caso el fin que preside todo construir”.

M. Heidegger (1994).

En agosto de 1951, se celebraron en Darmstadt (Alemania) unas conferencias dedicadas al tema general: “El hombre y el espacio”. Científicos, arquitectos y

filósofos habían sido invitados a intervenir. Entre los filósofos se encontraban Ortega y Heidegger. Este último tituló su conferencia: “Construir, habitar, pensar”.

En su conferencia, Heidegger enlaza los términos que dan título a la misma y, al hacerlo, hace explícita la necesidad de diálogo entre el construir arquitectónico y el pensar filosófico. El “habitar” es la clave de la unión, al confluir en él tanto el pensar como el construir. Ahora bien, esa confluencia no está dada, sino que ha de hacerse posible mediante ciertos requisitos: la escucha mutua, el pensar *de un modo esencial* el habitar y el construir desde ese habitar esencial.

Nuestro modo de ser en el mundo consiste en habitarlo; sólo si sabemos hacerlo seremos capaces de un auténtico construir, tal y como expone Heidegger. En consecuencia, el filósofo ha de preguntarse por el habitar, problema más acuciante, según aquél, que la propia escasez o carestía de viviendas. Tal estimación puede sorprender. Sin embargo, es preciso advertir que Heidegger la hace desde un enfoque filosófico de la cuestión, lo cual significa un enfoque *radical*: el cuidado de la raíz cuida de todo lo que ella alimenta. En 1945, ya había procedido de similar manera respecto del tema de la pobreza, cuando en la conferencia que pronunció en el castillo de Wildenstein afirmó: “El peligro de la hambruna, por ejemplo, y de los años de escasez (...) no reside de ningún modo en que muchos hombres pueden perecer, sino en que aquellos que se salvan no viven más que para comer a fin de vivir. La <vida> gira sobre ella misma en su propio vacío, que la asedia bajo la figura, apenas notada y a menudo inconfesada, del aburrimiento. En este vacío, el hombre se extravía” (pp.115-117) En dicha ocasión, Heidegger pensaba *filosóficamente* la pobreza, mostrando el peligro de girar incesantemente en torno a las necesidades apremiantes, que nos coaccionan, desatendiendo la orientación hacia lo que nos libera. Si pensamos estas frases desde el consumismo actual de (sólo) una parte de la población mundial y sus consecuencias, advertiremos la verdad que contienen y quieren transmitir.

Con el habitar pensado esencialmente, Heidegger muestra dónde está la finalidad del construir; esa finalidad que, según Pallasmaa, *hoy* apenas es advertida en la arquitectura. La escasez, la carestía y otros problemas relativos a las viviendas retroceden, por así decir, hasta el *primario* asunto del habitar. Únicamente porque nuestro modo de ser en el mundo consiste en habitarlo, construimos: no sólo viviendas, sino todo tipo de construcciones. Los animales no son capaces de habitar; sólo el hombre, en tanto ser de *mundo* y no de mero *medio*. Con todo, ese habitar del que somos capaces puede olvidarse, puede trivializarse o relegarse. Por ello debe ser pensado “esencialmente”, lo cual es tarea de la filosofía.

Desde el principio de su conferencia, Heidegger advierte que su enfoque no es arquitectónico ni técnico, sino que va a “buscar el construir en aquella región a la que pertenece todo aquello que *es*” (p.127). En esa región, que un primer Heidegger habría denominado “ontológica”, es donde puede patentizarse la pertenencia del construir al habitar. Algo, por otra parte, que Pallasmaa también descubre como arquitecto, al advertir la pérdida de sentido en la arquitectura actual y al plantear su recuperación.

3. *Habitar el mundo*

“Para la ardilla no existe la hormiga que sube por el mismo árbol. Para el hombre no sólo existen ambas, sino también las lejanas montañas y las estrellas, y más allá de lo perceptible, los dioses, con los que trata en el rito y en el culto”.

A. Gehlen (1980).

En 1940, Arnold Gehlen publicó una investigación sobre el hombre en la que, frente al esquema de los grados, que explica su naturaleza en continuidad con la del animal, sostiene su carácter de “proyecto absolutamente único” (p.15). Propone, con ayuda de la ciencia y de la filosofía, investigarlo desde sí mismo mediante categorías estrictamente humanas y con un enfoque de totalidad o general. Ya en una primera aproximación a su concepto, Gehlen sostiene la *apertura al mundo* del hombre, la cual implica que éste es una tarea para sí mismo, que el riesgo de malograrse pertenece a su constitución y que el futuro, en lugar del presente, es su preocupación. Todo esto hace de él un ser eminentemente práctico: gracias a la acción puede suplir sus carencias.

La apertura sin restricción representa, tal y como afirma Gehlen, “una *carga*” (p.40) para el hombre, el cual ha de orientarse en medio de una incomparable abundancia de impresiones carentes de dirección prefijada. Conducir su vida en la apertura mundanal es la tarea al servicio de la cual ha de poner sus carencias en juego, por paradójico que parezca. Con sus manos y su inteligencia no especializadas, transformará el mundo: lo habitará.

En el animal, hay una estricta armonía entre su estructura orgánica, su medio ambiente y sus reacciones. Como viviente especializado, el animal padece un ‘cerramiento’, que le ajusta en el presente. El hombre, por el contrario, ha de realizar la armonía que no le viene dada, en tanto ser abierto al mundo. En dicha realización, entra en juego la previsión y, por consiguiente, el futuro. Lo que en el animal es instinto, en el hombre ha de llamarse libertad. Es preciso advertir que el manejo de su libertad es una tarea costosa y larga; los estímulos que recibe son tan variados y amplios como el mundo, en tanto que su satisfacción no encuentra reposo, a diferencia de lo que ocurre con el animal. Todo esto implica una lucha incesante en el hombre mismo, que ha de configurarse inexorablemente, tomando y dejando, siempre amenazado por el fracaso, mientras ha de soportar una considerable tensión interior.

La inteligencia y sus creaciones culturales ayudan al hombre a crearse *su* mundo en *el* mundo. Sin duda, la capacidad de habitar ha de verse íntimamente unida a la especial condición de la realidad humana: abierta, deficiente orgánicamente y carente de especialización. Sin estímulos que le signen las respuestas, sin órganos sensoriales afinados al extremo y en concordancia con el medio respectivo, sin un techo de pulsiones y satisfacción, el habitar pertenece a ese “proyecto absolutamente único” que es el hombre, según caracterización del autor.

Ahora bien, ¿qué es “habitar”? ¿en qué consiste “esencialmente”? ¿qué nombra Heidegger con dicho término? Cuando Gehlen afirma (p.94) que para el hombre existe tanto la hormiga como el árbol, tanto las montañas como las

estrellas, tanto lo perceptible como los dioses, *muestra* en su afirmación la esencia misma del habitar. Porque habitamos *siendo en el mundo*, nada puede ser ajeno; en nuestro “siendo” ha de estar atendida la unidad mundanal y las diferencias que ella acoge. Los humanos *habitamos* la tierra “cuidando” y “erigiendo” (edificando, construyendo), al residir junto a “cosas”. El construir pertenece al habitar. Pero es preciso esclarecer el significado del “cuidar” y de la “cosa” en Heidegger para mostrar más y mejor esa pertenencia.

Ser en el mundo conlleva ser en la tierra, bajo el cielo, con los mortales y a la espera de los divinos: “Cuaternidad” es el término utilizado por Heidegger para denominar la unidad diversa de tierra y cielo, mortales y divinos. Somos en el mundo siendo en la Cuaternidad; Gehlen diría –como ya sabemos- que para los hombres existen tanto los árboles como las estrellas, tanto lo perceptible como los dioses. En la Cuaternidad está acogida toda la diversidad (toda la entidad) desde la unidad (desde el ser): no se trata de una suma ni de una enumeración, sino de pensar el mundo desde el *ser*. Este pensar es el que *deja-ser* el mundo como Cuaternidad; es el pensar meditativo, que pusieron en marcha los primeros filósofos griegos al preguntarse por el principio (la *arché*).

Desde la Cuaternidad, los entes no son meros entes, sino *cosas*: albergan la unidad diversa. El asunto del pensar (filosofar) no son los meros entes –éstos o aquéllos- ni los objetos de un sujeto consciente, sino *las cosas mismas*, que en su *siendo* (desde el ser, desde la *arché*) acogen la Cuaternidad (la unidad diversa). Por ejemplo, el puente como cosa comunica las orillas, recoge en el cauce que atraviesa el agua de lluvia, acerca a los humanos y, no pocas veces, dedica un espacio a una imagen o signo sagrado. Siendo en el mundo es como podemos ser apelados por “cosas”.

Albergando la Cuaternidad, las cosas acercan la diversidad (tierra, cielo, mortales y divinos) desde la unidad (desde el ser). En definitiva, los humanos (mortales) somos en el mundo siendo en la Cuaternidad junto a *cosas*. Habitar es propio de los mortales. Únicamente el hombre –capaz de muerte- *habita*.

Las cosas están a nuestro cuidado, y puesto que ellas albergan la Cuaternidad, el cuidado es cuádruple: de tierra, cielo, humanos y divinos. El hombre no es dueño de las cosas, sino su cuidador; tampoco es dueño del ser, el cual está en relación con él, también a su cuidado. En la cosa, en tanto “cosa”, atendemos la diversidad que ella acoge en unidad. De ahí que Heidegger se refiera a “salvar la tierra”, en lugar de arruinarla en una “explotación sin límites”; a dejar a la luna y al sol “seguir su viaje” y a las estaciones “su bendición y su injuria”; a capacitarnos para “una buena muerte”; a esperar “a los divinos como divinos”, sin fabricarnos ídolos (p.132). El rasgo fundamental del habitar es el *cuidar* que *deja-ser*.

Habitar es cuidar, tal y como queda expuesto, pero también erigir o construir. ¿Cómo pertenece el construir al habitar? El auténtico construir lleva consigo la Cuaternidad a una cosa: “(...) el construir trae la Cuaternidad llevándola a una cosa” (p.140), como afirma Heidegger. Esa cosa puede ser una casa o un puente, pero en ella ha de estar el cuádruple cuidado que le corresponde. El construir pertenece al habitar porque tiene su principio y su finalidad en éste. El construir auténtico vehicula el cuidado desde el habitar y para el habitar. Pensar y construir se reclaman entre sí: pensando para el habitar y construyendo desde el

habitar. Ahora podemos entender mejor la importancia de la pregunta por la esencia del habitar: la pregunta no queda en lo meramente filosófico, sino que su proyección es mundanal. De ahí la necesidad del diálogo interdisciplinario, del “escucharse el uno al otro” (p.141) en expresión de Heidegger. Arquitectura y filosofía no son ajenas entre sí. Además, la necesidad de diálogo ha de ampliarse a toda investigación y realización en el mundo, tal y como ya apuntábamos, pero también tal y como reclama lo expuesto.

4. Arquitectura y sensibilidad

“Nuestros diversos sentidos, que nos parecen tan personales que a veces nos apartan de los demás, van en realidad mucho más allá de nosotros. Son una extensión de la cadena genética que nos conecta con todo lo que en un momento u otro ha tenido vida; nos vinculan con otras personas y animales, por encima del tiempo y las circunstancias. Son un puente entre lo personal y lo impersonal, entre el alma privada y sus muchos parientes, entre el individuo y el universo, entre todo lo que tiene vida en la Tierra.”

D. Ackerman (2000).

El origen de la “patología” de la arquitectura actual hay que buscarlo, según Pallasmaa (p.18), en la tendencia *ocularcentrista* de nuestras sociedades y de la arquitectura misma. La vista, al ser considerada el sentido por excelencia, en detrimento de los demás, obstaculiza el construir desde el habitar y, consiguientemente, el cuidado de lo diverso desde la unidad. La hegemonía de la vista en las construcciones desvincula la obra de su pertenencia a la unidad del mundo, como si fuera algo separado y al servicio de quien en ella busca expresarse. Así es como la arquitectura deviene ejercicio narcisista: un nombre principalmente. Sin embargo, las construcciones no tienen forma nominal, sino verbal: articulan, estructuran, facilitan o impiden, relacionan o separan. Como afirma Pallasmaa, la experiencia arquitectónica es el “acercarse o enfrentarse a un edificio, más que la percepción formal de una fachada; el acto de entrar y no simplemente del diseño visual de la puerta; mirar al interior o al exterior por una ventana, más que la ventana en sí como un objeto material” (p.64). Lo que esta afirmación significa es que el espacio arquitectónico es un espacio *existencial*, ‘un espacio vivido’ y no meramente físico ni estético. Heidegger estaría de acuerdo; del puente, por ejemplo, nos dice que reúne: “Lleva la corriente, las orillas y la tierra a una vecindad recíproca” (p.133). *Desde el habitar*, la obra arquitectónica expresa el *ser en el mundo* del hombre, deja ser nuestra condición mundanal y, por tanto, presta atención a un múltiple cuidado: de tierra y cielo, mortalidad y divinidad. Una sociedad que marche hacia una creciente contaminación, velocidad, mercantilización y pérdida de lo sagrado, es una sociedad que no habita el mundo. En *Los ojos de la piel*, Pallasmaa se refiere a la creciente experimentación en las ciudades de las sociedades tecnológicamente avanzadas de las sensaciones de “alienación, distanciamiento y soledad” (p.18). La arquitectura y la ciudad contemporáneas tendrían que ver con ello, debido al desequilibrio sensorial (ocularcentrismo) que practican y padecen. Lo ejemplifica con los hospitales y los aeropuertos, que “a menudo generan esta sensación de

distanciamiento e indiferencia” (ibd.), siendo –paradójicamente- lugares técnicamente privilegiados.

El ojo es un órgano distanciador, el tacto es un sentido que acerca. La primacía concedida hoy al sentido de la vista, además de contar con una importante tradición, no es ajena al vértigo, la prisa y el ajetreo que caracterizan nuestra vida actual, ya que la vista es un sentido rápido, capaz de adaptarse a la velocidad de nuestro mundo tecnológico. Pero algunas consecuencias son la pérdida de cercanía, comunicación y riqueza existencial. De ahí que Pallasmaa proponga una arquitectura del tacto para recuperar su verdadera finalidad. Sin embargo, todos los sentidos –incluso el de la vista- pueden considerarse “como extensiones del sentido del tacto” (p.43), tal y como él mismo reconoce. Nuestra civilización de la imagen nos afecta negativamente; en la arquitectura ha hecho proliferar construcciones impactantes, que seducen como un producto más del mercado y de la publicidad, sin consideración a su sentido intrínseco, unido al existir humano y al mundo. El resultado es un empobrecimiento fatal, por mucho progreso técnico que pueda exhibirse. Porque hemos perdido cercanía, corporalidad, cuidado (*dejar-ser*), es necesario reivindicar la corporalidad y la riqueza sensorial humana en su conjunto. En nuestros sentidos no encontraremos el alcance cualitativo propio de los sentidos del animal, pero sí algo mucho más hondo: su apertura al mundo. Nuestros sentidos nos acercan el mundo uno y diverso de múltiples modos –no sólo visualmente-, de tal forma que cada sentido siente el mundo a su modo. Además, sentir el mundo es sentirlo desde la unidad de todos ellos. Así lo ha puesto de relieve el filósofo Xavier Zubiri en su trilogía sobre la aprehensión humana: *Inteligencia sentiente*. La inteligencia no está separada del sentir; no está separada del cuerpo. Proceder como si lo estuviera es un error. También lo es reducir la diversidad de los sentidos. Todos sienten “mundo”, “realidad”, “ser” y no sólo meros colores, sabores, sonidos, texturas, etc.; es decir, su alcance trasciende las diferencias sin anularlas, sino comunicándolas entre sí. Porque son sentidos abiertos al *mundo*: sintiendo desde la unidad, están abiertos a las diferencias y al cuidado de tierra y cielo, mortalidad y divinidad.

Final

Si la arquitectura proyecta desde el habitar, la unidad del mundo y la diversidad de los entes estará preservada, atendida, cuidada: la tierra no será arruinada, los cielos no se contaminarán sin remedio, lo sagrado no será desvirtuado y los humanos podremos *existir* nuestra mortalidad.

En el auténtico construir, en el habitar esencial y en la recíproca escucha del diálogo interdisciplinario podremos encontrar hoy una orientación para sortear los peligros que nos acechan desde todas las formas de narcisismo; peligros que ya describiera Heidegger con toda lucidez en sus *Pensamientos Poéticos*:

“Figurándose que él mismo es
medida de todas las cosas,
cegado por su propia potencia,
el hombre atraviesa hoy veloz
el extravío:
enajenado de las estrellas,
asolando la tierra,
falseando el pensar meditativo
al reconvertirlo en un calcular,
cerrado al dictado que aguarda
a los únicos poetas” (p.362).

* * *

Bibliografía

- ACKERMAN, D. (2000) Una historia natural de los sentidos. Trad. de C. Aira. Barcelona: Anagrama, 2000.
- GEHLEN, A. (1980) El hombre. Su naturaleza y su lugar en el mundo. Trad. de F. C. Vevia Romero. Salamanca: Sígueme, 1980.
- HEIDEGGER, M. (1994) “Construir, habitar, pensar”, en Conferencias y artículos. Trad. de E. Barjau. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994, pp.127-142.
- HEIDEGGER, M. (2006) La pobreza. Trad. de I. Agoff. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- HEIDEGGER, M. (2010) Pensamientos Poéticos. Trad. de A. Ciria. Barcelona: Herder, 2010.
- PALLASMAA, J. (2006) Los ojos de la piel. Trad. de M. Puente. Barcelona: Gustavo Gili, 2006.
- SAMPEDRO, J. L. (2009) Economía humanista. Barcelona: Mondadori, 2009.

María Isabel Aísa Fernández,
Departamento de Metafísica y Corrientes
Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política.
assya@us.es